

CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I.
FRAILE

Palabra turbadora

«Señor de los ejércitos»: ¿Un Dios violento?

Cuando leemos la Biblia encontramos textos muy duros, con imágenes violentas, con exterminios de pueblos, que incitan a la venganza. ¡Y todo esto en nombre de Dios! El contraste es mayor cuando estamos acostumbrados a decir que Dios es «misericordioso, clemente, lento a la ira y rico en piedad» (Éx 34,6). ¿Cómo compaginar estas dos imágenes aparentemente irreconciliables o, al menos, contradictorias? Tenemos que reconocer que es verdad. No es difícil encontrar una serie de textos acerca de Dios que nos resultan duros o incluso escandalosos. La segunda pregunta que se nos plantea es ¿debemos seguir leyendo estos textos? ¿debemos considerarlos como revelados, esto es, como palabra de Dios? ¿No sería más útil expurgarlos de la Biblia?

Aún más. Si nosotros, como cristianos, sabemos que Jesús nos invita a perdonar a los enemigos ¿no deberíamos leer sólo el Nuevo Testamento? Debemos comenzar por ver cuáles son estos textos para pasar en un segundo momento a descubrir cuál es su alcance y cómo podemos leerlos sin renunciar a su condición de textos revelados.

«Cuando el pueblo oyó el sonido de las trompas, lanzó el alarido de guerra y las murallas de la ciudad se derrumbaron».

David derrota a los jebuseos.
Miniatura para «Très riches heures» del duque de Berry. Chantilly.
(J. Colombe)



1. Unos textos «escandalosos»

Comenzamos citando una serie de textos que a nuestra mentalidad de personas occidentales modernas, y con una sensibilidad religiosa cristiana nos resultan a todas luces inadmisibles. Los dos primeros son unas leyes antiquísimas; el tercero es un título aplicado a Dios que a nosotros nos resulta, cuando menos, chocante.

La ley del exterminio (herem)

El Libro del Deuteronomio incluye una legislación sobre la guerra (Dt 20). Después de haber dejado claro que Dios combate con ellos (Dt 20,4) explica los pasos a dar, distinguiendo bien si se trata de una ciudad que está de paso hacia la tierra prometida o está en medio de ella. En el primer caso se empieza proponiéndole la paz; si la aceptan todos pasan a ser esclavos (Dt 20,11), de lo contrario se asedia y se extermina a los varones,

haciendo que ganados, mujeres y niños sean botín de guerra (Dt 20,12-15). Con parecernos esto terrible, aún falta lo peor, en efecto, el trato varía del todo si son pueblos que habitan la tierra prometida, pues se decreta para ellos el exterminio total: «*Pero en las ciudades que el señor tu Dios te da como heredad no dejarás ni un alma con vida. Los consagrarás al exterminio*» (herem) (Dt 20,16-17).

Si seguimos leyendo la Biblia, hay dos casos sangrantes de esta práctica. La primera hace referencia a la conquista de Jericó por parte de Josué: «*Cuando el pueblo oyó el sonido de las trompas, lanzó el alarido de guerra y las murallas de la ciudad se derrumbaron. Entonces el pueblo asaltó la ciudad, cada uno desde su puesto y se apoderaron de ella. Y consagraron al exterminio todo lo que había en ella, hombres mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos, pasándolos a cuchillo*» (Jos 6,20-21). Mucho más explícita y cruel es la toma de la ciudad de Ay: «*Cuando los israelitas acabaron de matar a los habitantes de Ay en el campo y en el desierto hasta donde los habían perseguido, y cuando todos hasta el último cayeron a cuchillo, todo Israel se volvió a Ay y pasaron a cuchillo a sus habitantes. (...) Josué no retiró la mano que tenía extendida con la lanza hasta que todos los habitantes de Ay fueron consagrados al exterminio*» (Jos 8,24-25).

¿Debemos escandalizarnos? En aquella mentalidad, todo el botín de la guerra (territorio y habitantes) se consagraba a Dios. Desde una perspectiva mítico-religiosa es la forma de obtener la protección de la divinidad en el combate, por eso está terminantemente prohibido quebrantar esta norma porque el pueblo caería en una maldición. A la toma de Jericó sigue la narración del quebrantamiento de la Ley del exterminio: «*Los israelitas no respetaron lo consagrado al exterminio (...) El Señor dijo a Josué: Levántate, Israel ha pecado, se han apropiado de lo consagrado al exterminio.*

Los israelitas no podrán resistir frente al enemigo; huirán de sus adversarios porque han acarreado sobre sí la maldición» (Jos 7,1.10-12).

Ahora bien, el remedio es peor que la enfermedad, pues la forma de castigo exige sangre y Josué lo ejecuta (Jos 7,15). Si lo miramos desde el punto de



La ley de la venganza de la sangre (go'el)

vista político-militar es una costumbre atestiguada en los pueblos vecinos (la estela del rey Mesa). Su finalidad es clara, no dejar ningún tipo de población autóctona cuando se conquistaba una zona. De esta forma se evitaban posibles sublevaciones.

Por último, y leído desde una perspectiva intrabíblica, vemos cómo el libro de Josué responde a una preocupación postexílica de pureza religiosa y lucha contra la idolatría. El exterminio de la población extranjera aseguraba que no habría influencia de otras religiones paganas e idolátricas en el Israel fiel al único Dios (Dt 20,18). El Deuteronomio insiste en la fe monoteísta como signo de identidad del pueblo: «Escucha Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo» (Dt 6,4). Los dos primeros preceptos del Decálogo así lo confirman: «No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás ídolos ni imagen tallada alguna de lo que hay arriba en los cielos o abajo en la tierra...» (Dt 5,7-8).

Así se entiende que la razón que da Moisés para practicar el exterminio sea precisamente el evitar la idolatría: «De esta manera no os enseñarán a cometer las abominaciones que ellos cometen con sus dioses y no pecaréis contra el Señor vuestro Dios» (Dt 20,17-18).

Resumiendo podemos decir que son textos que reflejan un aspecto terrible de la guerra, que nuestra sociedad, desgraciadamente, no desconoce ni ha erradicado.

En nuestra sensibilidad no nos atrevemos a decir que así se «agrada» a Dios –sería blasfemo–, o que estamos cumpliendo su voluntad.

Pero sí que nos atrevemos a decir que Dios está «con nosotros» o que Dios «bendice nuestras tropas».

En este caso podemos hablar de una institución tribal que ha pasado de siglo en siglo y ha llegado hasta el día de hoy. No es difícil leer en la prensa casos de personas que deben lavar su honor o el de su familia, o que deben hacer pagar, con la misma medida, el daño que se ha hecho. Se basa en el principio de la solidaridad entre los miembros de un clan o incluso de una familia (tomada en su concepción más ancha). El honor o deshonra de cada miembro repercute en todo el grupo, protegiendo de una forma especial a los miembros más débiles (huérfanos, viudas).

El *go'el* («vengador», «rescatador», «reivindicador», «protector») es el miembro de la familia o clan encargado de restituir la justicia o de devolver el honor perdido. Si un miembro del clan es hecho esclavo, debe ser rescatado por su *go'el*; si debe vender su patrimonio, el derecho preferente de compra lo tiene el *go'el*, incluso la venganza de sangre, buscando al asesino y matándolo. En la Sagrada Escritura encontramos algunos ejemplos del cumplimiento de esta norma; así Joab mata a Abner para vengar la muerte de su hermano Asael (2Sam 2,22-23; 3,22-27).

Estrechamente ligado a esta institución están las conocidas como «ciudades de refugio» en el caso de que el homicidio hubiera sido involuntario, el homicida tuviera que huir y el *go'el* lo buscara para matarlo, de forma que lo encontrara antes de poder ser juzgado (Nm 35,12). La legislación contempla dos posibilidades, si ha habido odio o si ha sido un asesinato involuntario. «Si lo ha herido por odio o si lo ha golpeado por enemis-

Arriba izquierda: Moisés y el becerro de oro. St. Paul de Vence. (Marc Chagall)

Arriba derecha: Moisés recibe el decálogo. Miniatura hebreo-alemana del s. XIV. Londres.

El Señor dijo a Josué: Levántate, Israel ha pecado, se han apropiado de lo consagrado al exterminio.



Arriba izquierda:
Procesión
alrededor de la
ciudad de Jericó.
Miniatura. Biblio-
teca Nacional.
París.

Arriba derecha:
Procesión en torno
a los muros de
Jericó. Miniatura
de la Biblia de Sens
(s. XIV). Bibliote-
ca Real. Turín.

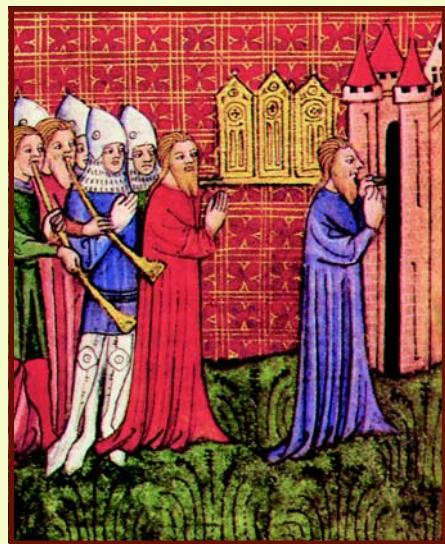
**«No toma-
rás venganza
ni guardarás
rencor a
los hijos de
tu pueblo.
Amarás a tu
prójimo como
a ti mismo».**

tad por su propia mano y se sigue la muerte es un homicida y debe morir. El vengador de sangre dará muerte al homicida cuando lo encuentre (...) La segunda posibilidad contempla que el asesinato ha sido casual, sin odio, entonces las ciudades de refugio salvarán al desgraciado de que el vengador de sangre cumpla con su obligación. Un tribunal deberá decidir si estamos en un caso o en otro (Núm 35,22-28).

La venganza necesitó posteriormente ser regulada, de forma que en el Levítico podemos leer explícitamente su prohibición: «No tomarás venganza ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Lev 19,18). Debemos notar dos aspectos importantes; el primero, que la prohibición de la venganza se restringe a los miembros del pueblo; el segundo, el amor al prójimo como a uno mismo, es bien conocida como la «regla de oro».

Un título de Dios: «Señor de los Ejércitos»

Yahveh recibe dos títulos en la Biblia que tienen que ver con el carácter belicoso. Uno es el de «fuerte guerrero» (Éx



15,3), el otro, más conocido es el de «Señor de los Ejércitos» (Yahveh Sebaot). Este título de «Señor de los Ejércitos» es muy antiguo; aparece en las narraciones de los primeros tiempos, cuando las tribus comenzaron a unirse hasta llegar a ser una monarquía, y en los primeros años de esta (siglos XI-IX a.C.). Este título lo podemos encontrar en las narraciones del profeta Samuel, del rey David y del profeta Elías.

«El pueblo mandó gente a Siló para que trajeran el arca de la alianza del Señor de los Ejércitos que se sienta sobre querubines. Cuando el arca de la alianza del Señor llegó al campamento los israelitas lanzaron el grito de guerra y la tierra retembló» (1Sam 4,4-5).

«David dijo al filisteo: tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre del Señor de los Ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel a quien tú has desafiado» (1Sam 17,45-46).

Es un título muy metido en la mentalidad popular, de forma que pasó a los salmos: «El Señor de los Ejércitos está con nosotros; nuestro alcázar es el Dios de Jacob» (Sal 46,4.8.12). A este Dios, se le puede pedir que se venga de los enemigos del orante, pues él se siente impotente:

«Despierta, ven a mi encuentro y mira, pues tú eres el Señor de los Ejércitos, el Dios de Israel:

levántate para castigar a todas esas gentes, no tengas piedad de los pérfidos traidores» (Sal 59,5-6).



2. ¿Hay que seguir leyendo estos textos?

La sempiterna tentación de los creyentes es bien negar el Antiguo Testamento (como ya hiciera Marción y condenara la Iglesia), bien hacer una «antología» que seleccione los textos más apropiados, dando como razón que el Antiguo Testamento no se entiende o que resulta escandaloso. En ambos casos debemos decir «no».

«Guerra santa», «guerra sacral» y «guerra de religión».

La guerra forma parte, desgraciadamente, de la historia de la humanidad. No ha habido época en la que los pueblos hayan podido gozar de largos tiempos de paz tanto interior como exterior. Israel no fue una excepción; por una parte tuvo que ver cómo era pasillo de los conquistadores, tanto de los egipcios que se enfrentaban con los pobladores de la alta Siria, de Anatolia y del Eúfrates, como viceversa. Tampoco faltan las guerras de conquista, las «guerras de Yahveh», las guerras civiles entre los Reinos del Norte y del Sur.

Debemos distinguir, sin embargo, entre «guerra santa», «guerra sacral» y «guerra de religión».

Propiamente hablando, no podemos hablar de «guerras de religión» en la Sagrada Escritura, ya que por este concepto entendemos que dos religiones distintas luchan por la primacía de una de ellas. Son más propias de la Edad Moderna europea: los ejércitos católicos se enfrentan a los ejércitos luteranos o luchan contra los calvinistas.

El segundo concepto es el de «guerra santa». Con esta expresión entendemos que un grupo hace guerra en nombre de



Dios contra los impíos, buscando someterlos y que «se conviertan» a su credo. Esta idea no es del pueblo de Israel, pues él buscó adueñarse de la tierra expulsando a los otros pueblos, pero nunca ha pretendido extender su credo por medio de guerras. Esta concepción respondería más bien a concepción islámica que pide el sometimiento a la nueva fe de los paganos; que debe defenderse cuando se siente atacada a la vez que extender su credo.

Por último tenemos la «guerra sacral», que sería la más apropiada para la concepción bíblica. Los israelitas estaban convencidos de que Dios mismo iba al frente de sus combates. Dios es concebido como un guerrero que consigue victorias para su pueblo. De esta forma, el botín es sagrado, pertenece a Dios. Las derrotas se conciben como consecuencia de un pecado, por lo que deben buscar a los culpables y ajusticiarlos.

Saber interpretar los textos bíblicos

La dureza y complejidad de estos textos nos llevan necesariamente a buscar una interpretación que en ningún caso es ociosa:

(1) No podemos leer la Sagrada Escritura literalmente. Si esto es claro como idea de fondo, en estos casos es más evidente. Leer la Sagrada Escritura al pie de la letra nos llevaría a afirmar que Dios es vengativo y goza con la destrucción violenta de los enemigos. Lo cual es totalmente abominable.

(2) La Sagrada Escritura no es una antología de textos ejemplarizantes. Tampoco podemos leer el texto sagrado dejando los textos edificantes y expurgando los escandalosos. Primero porque si es la historia de Israel debemos

Arriba izquierda: El paso del Jordán. Biblioteca de san Isidro de León. (s. XII).

Arriba derecha: David, precedido por los músicos, danza durante el traslado del arca a Jerusalén.

«El Señor de los Ejércitos está con nosotros; nuestro alcázar es el Dios de Jacob».

***El pueblo de
Israel peca
y se convierte;
hace el mal
y es capaz
de volver de
nuevo a
Dios.***

reconocer que el pueblo de Dios no fue un pueblo santo; de la misma forma que si escribiéramos nuestra historia nacional o personal no podríamos ocultar nuestros delitos y pecados. Si así lo hiciéramos faltaríamos gravemente a la verdad. Segundo porque es historia de salvación: el pueblo de Israel peca y se convierte; hace el mal y es capaz de volver de nuevo a Dios. Ése es el camino, la capacidad de conversión, y no la exaltación de valores morales que ignoren el pecado.

(3) La revelación es histórica, por tanto progresiva. La concepción de un Dios guerrero pertenece sin duda a los primeros pasos del pueblo. Son concepciones arcaicas que poco a poco el pueblo de Israel fue depurando. Bien es verdad que no podemos leer los textos ordenados cronológicamente, sino de forma narrativa. El Dios misericordioso aparece en medio de textos que hablan de violencia, y al revés. La revelación de Dios, por ser histórica, está sometida a la maduración y al progreso. Dios se revela en los acontecimientos históricos; el pueblo los entiende con dificultad, con tiempo; a veces a partir de contradicciones y experiencias negativas (el exilio).

(4) La revelación del Antiguo Testamento es incompleta. Apunta al Nuevo, a Jesucristo, en quien está la plenitud de la revelación (Gál 4,4). El cristiano lee el Antiguo Testamento como verdadera palabra de Dios, pero sabe que lo nuevo y definitivo invalida lo pasajero y caduco. La Nueva Alianza.

La paz como don mesiánico

Después de muchas desilusiones y fracasos, Israel descubrió por medio de los profetas que el futuro que Dios ofrece sólo puede estar basado en la paz y en la jus-

ticia. Isaías, el gran profeta de los tiempos mesiánicos, así lo dice en su precioso oráculo del capítulo 11.

*«Habitará el lobo junto
con el cordero
La pantera se tumbará
con el cabrito
El ternero y el leoncillo
pacerán juntos
Un niño los apacentará (...)
Nadie causará ningún daño
En todo mi monte santo»* (Is 11,1-9).

El Siervo de Yahveh

El Segundo Isaías presenta un personaje misterioso. En la misma línea que los primeros capítulos de este profeta nos habla de un Mesías, pero pacífico. El Siervo de Yahveh se niega a participar en un mundo de rencores y venganzas; abre caminos de reconciliación, de justicia y de paz. Es la mejor imagen del Antiguo Testamento que nos introduce en el misterio de Jesús, el pacífico Me-

Derecha:
Momento en el que
el ángel toca los
labios de Isaías con
la brasa ardiente en
señal de purifica-
ción y de perdón.
Marc Chagall,
vidriera, capilla de
Pocantico Hills,
Nueva York.

Abajo izquierda:
David derrota a
Adad-Ezer.

Abajo derecha:
Muerte de Saúl y
de tres hijos.



sías que inaugura un Reinado de perdón y de fraternidad en la humanidad.

*«Este es mi Siervo, a quien sostengo,
Mi elegido, en quien me complazco.
No gritará, no alzaré la voz;
No voceará por las calles;
La caña cascada no la romperá;
El pábilo vacilante no lo apagará.
Proclamará fielmente la salvación
Y no desfallecerá ni se desmayará.»*
(Is 42, 1-4)



*El Siervo
de Yahveh
se niega a
participar en
un mundo de
rencores y
venganzas;
abre caminos
de reconcilia-
ción, de justi-
cia y de paz.*

Izquierda:
Josué y el ángel.
Miniatura hebreo-
persa del s. XIX.
Milán.

Derecha:
Asedio y caída de
Jerusalén. Ejecu-
ción de los hijos de
Sedecías ante
Nabucodonosor.

Abajo:
Isaías anuncia a
Acáz, rey de Judá
el nacimiento del
Emmanuel.
Miniatura de la
Biblia de Carlos el
Calvo (870 d.C.).

Vocabulario

- H Ley del Go'el:** Ley muy antigua que comparten los pueblos del desierto. Su finalidad es defender los derechos de la familia, clan o tribu. Si un miembro es asesinado, pierde el honor, cae en la esclavitud o se arruina, el go'el (miembro de la familia designado), tiene que intervenir. Es, por tanto, «el defensor», «el rescatador» e incluso el «vengador de la sangre».
- H Ley del exterminio (herem):** Debe comprenderse en un contexto de continuas guerras tribales. Los enemigos pasaban a ser esclavos como botín de guerra o, cuando había peligro de sublevaciones, eran exterminados. El pueblo de Israel en un primer momento no fue distinto del resto de los pueblos. Con el tiempo descubrirá que Yahveh es un Dios que quiere la vida, la justicia y la libertad.
- H Yahveh Sebaot:** Título de Dios que aparece en la Biblia, sobre todo en los relatos de la conquista de la tierra y en los primeros años de la monarquía. Dios no los abandona en ningún momento, incluso cuando el pueblo va a la guerra.
Esta imagen simple y primitiva deberá ser purificada por los profetas.

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

a) Objetivo:

Reflexionar sobre el sentido de los textos violentos bíblicos.

b) Propuestas de diálogo

Se proponen hechos reales en los que la violencia esté en relación con la religión; por ejemplo, cuando en las recientes guerras se ha dicho «Dios está con nosotros» por parte de unos y de otros.

¿Podemos decir que Dios toma partido en un conflicto? ¿Dónde está la clave de la violencia? ¿La fe nos lleva a trabajar por la paz?

2. Texto para orar: Is 11,1-9

Lectura del texto en voz alta. Conviene que todos tengan el mismo texto por escrito. Dios promete un futuro distinto. ¿Con qué imágenes describe el texto el mundo futuro que anuncia el profeta?

¿A qué nos invita este texto de Isaías en nuestra vida ordinaria?

Se lee de nuevo el texto de Isaías y puede hacerse eco de las frases que hayan impactado.

3. Oración

Tu palabra, Señor, es turbadora.
Me acerco a la Sagrada Escritura
para buscar consuelo, para buscar luz,
para encontrar fuerzas en la serenidad.
Unas veces tu palabra es clara,
simple en la forma y profunda en las entrañas.
Pero otras no logro comprenderla.
¿Cómo leer esas páginas llenas de violencia?
¿Acaso te complaces en exterminar a los enemigos?
¿De verdad vas al frente de los ejércitos?
«Son textos muy antiguos» –me dicen–
«Reflejan la dureza del alma humana» –repiten–.
Es sin duda verdad, pero no me consuela y me descorazona.
Señor, tú eres un Dios de la paz;
Tú nos invitas a construir un mundo de hermanos.
Dame un espíritu sencillo para acoger tu palabra,
que no caiga nunca en la tentación de la violencia;
hazme un servidor de la reconciliación
allí donde me encuentre.